

RECENSIONES

Paula Jardón, Clara Pérez y Begoña Soler (eds.). *Prehistoria y cine*. Museu de Prehistòria de València, Diputación de Valencia. Valencia 2012, 174 pp. c. y n. ISBN: 978-84-7795-638-9. http://www.museuprehistoriavalencia.es/resources/files/Catalogos/Prehistoria_y_cine.pdf

Es de justicia comenzar por felicitar al Museo de Prehistoria de Valencia por esta interesante iniciativa, y en particular a las comisarias de la exposición temporal “Prehistoria y cine”, inaugurada en septiembre de 2012, Paula Jardón y Clara Pérez, a su coordinadora, Begoña Soler, y a la directora del Museo Helena Bonet.

El interés por el cine histórico, prehistórico en este caso, es algo sorprendente. En septiembre de 2002, el Museo Arqueológico Nacional inició el “Ciclo de Cine Histórico (Noches de Cine)”. Durante seis años se abordó la relación entre historia y cine a través de otros tantos ciclos dedicados a todos los períodos históricos, incluido el último “La historia que viene”, en el que se hizo una reflexión sobre el cine de ciencia ficción. Los resultados nos dejaron pasmados. Cada proyección y posterior coloquio desbordó todas nuestras previsiones hasta tal punto que una vez llena la sala, quedaban fuera más de 50 personas.

No cabe duda de que el matrimonio entre cine e historia siempre ha sido muy bien avenido. Entre los grandes éxitos del cine a lo largo de su ya extensa andadura, el histórico ha proporcionado auténticos iconos y considerables beneficios. Recordemos grandes superproducciones como *Quo Vadis*, *Ben-Hur*, *Los Diez Mandamientos*, *Marco Antonio y Cleopatra*, *Espartaco*; o películas de menor presupuesto como *Julio César* y *Escipión El Africano*. En unos casos se trataba simplemente de un alarde que mezclaba espectaculares decorados, grandes estrellas de la pantalla, interminables batallas con miles de extras. Pero también encontramos excelentes películas que trasladan al pasado cuestiones de palpitable actualidad. Es el caso de *Espartaco* y el macarthismo, o de *Escipión El Africano* y la caótica política italiana de la postguerra. Porque el cine histórico suele ser una reflexión actualizada del pasado, un viaje de nuestras inquietudes hasta tiempos remotos. Sirvanos de ejemplo el planteamiento de una serie de televisión que arrasó en los 1960: *Los Picapiedra*.

Y es que para el cine el hombre siempre ha sido el hombre. Las pasiones, los odios, las traiciones, los héroes

y los villanos vienen y van por el cine histórico en un bucle que nos lleva del presente al pasado y del pasado al presente. En el caso del cine dedicado a la Prehistoria nos encontramos con parámetros similares, aunque, eso sí, el número de producciones es mucho menor. El completo listado de películas de ficción prehistórica que incluye este catálogo enumera nada menos que 82, desde *Una mirada a la prehistoria* (1905), hasta *Ao, el último Neandertal* (2010). Entre ellas hay películas para todos los gustos, desde las de gran calidad como *El hombre de las cavernas* de Lewis Mileston (1926), *En busca del fuego* de Jean-Jacques Annaud (1981), *El clan del oso cavernario* de Carl Gottlieb (1981), hasta subproductos erótico-festivos como *Hace un millón de años* de Don Chaffey (1966), o *Cuando las mujeres tenían cola* de Pasquale Festa (1972). Más o menos lo mismo que ocurre con películas ambientadas en otras épocas históricas.

Las películas “prehistóricas” se debaten, en muchos casos, entre la divulgación científica –sobre todo aquellas basadas en novelas de cierta calidad– y el esperpento derivado de los tópicos y creencias sobre el origen de la humanidad que están presentes en el ideario colectivo de cada momento. No es que en ocasiones estén plagadas de errores garrafales en cuanto a las ambientaciones y conductas de sus personajes –circunstancia que se hace extensiva a películas sobre otras épocas históricas–, sino que podemos encontrarnos con aberraciones tales como hombres conviviendo con dinosaurios. Pero si hay algo de lo que debemos olvidarnos en el cine histórico –prehistórico en este caso– es de cualquier exigencia relativa a la fidelidad. El cine es una industria y como tal, prima siempre el espectáculo sobre cualquier otra consideración. Lo cierto es que después de ver muchas películas de este género, y una vez superados nuestra frustración y nuestros prejuicios, uno llega a la conclusión de que la fidelidad histórica es lo de menos. Que en este tipo de cine, como en todos los demás, hay películas buenas y malas, que unas nos proporcionan información, entretenimiento y goce estético, y otras, como mucho, hacen que aflore en nuestros labios una sonrisa condescendiente.

Pero volviendo al tema que nos ocupa, debemos comenzar por reconocer que la idea de esta exposición es tan original como sugerente. Su mayor contribución radica en dar a conocer estas producciones cinematográficas, realizando una reflexión muy interesante sobre qué tipo de ideas transmiten a la sociedad, que conocimientos científicos consideran más llamativos y como todo

ello contribuye a formar el ideario colectivo sobre este apasionante período. Se estructuró conforme a importantes interrogantes: ¿cómo podemos comprender este mundo de luces y sombras?, ¿cómo nos representamos el pasado?, ¿qué mitos e ideas ha fijado el cine?, ¿quiénes somos, dónde vivimos y qué hacemos los humanos?, ¿cómo se reconstruye una historia en el pasado?

Contestando a estas preguntas nos encontramos con el mito de la caverna de Platón, la contribución de la novela histórica a la clarificación del origen de nuestra sociedad, la plasmación en los guiones cinematográficos de las ideas y mitos sobre nuestro pasado, los elementos de la producción cinematográfica (preparación de los actores, decorados, localizaciones, etc.) que ayudan a dar una visión real o no de nuestro pasado remoto, y cual es la relación interactiva entre investigación y cine.

El catálogo incluye una serie de artículos sobre el tema que contribuyen a una mejor comprensión de este fenómeno cinematográfico: “Estas películas son geniales”, “Representación del pasado: ciencia o ficción”, “El destino de los neandertales”, “Paisaje y fauna: de la arqueología a la pantalla”, “La naturaleza humana: la búsqueda del fuego”, “¿Eran así las mujeres de la prehistoria?”, “Luces en la caverna primitiva”, “La banda sonora de la prehistoria”, y una estupenda conversación con Jean-Jacques Annaud, posiblemente el mejor director de cine sobre la Prehistoria.

La mejora y modernización de las técnicas de excavación y obtención de datos, y la revolución de las nuevas tecnologías, han permitido que nos formemos una visión mucho más fiel y realista de cómo pudo ser la vida de nuestros antepasados. Las maquetas, vídeos e imágenes en 3D han contribuido a realizar espectaculares reconstrucciones de los hábitats y el medio ambiente de la Prehistoria. No tenemos más que visitar yacimientos y museos de sitio como el de la Evolución Humana de Atapuerca. Y todo esto está siendo utilizado por el cine, tal y como podemos comprobar en películas como *Su majestad Minor* de Jean-Jacques Annaud (2007) o *Ao, el último Neandertal* de Jacques Malaterre (2010).

Curiosamente, todas estas producciones cinematográficas que muestran la evolución de la humanidad han ido creando un cierto desencanto entre buena parte de los espectadores. Como si el largo camino recorrido entre el *Australopithecus* y el *Homo sapiens* fuera un itinerario que no nos condujera a ninguna parte, como si un vistazo a nuestro devenir pusiera de manifiesto que el hombre sigue siendo un animal vanidoso y estúpido. Parafraseando al gran humorista gráfico Jaume Perich podríamos decir: “tan cierto es que el hombre desciende del mono que, de hecho, un día de estos, lo hará”.

Félix Jiménez Villalba. Museo de América. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Secretaría de Estado

de Cultura. Avd. Reyes Católicos 6. 28040 Madrid. Correo e.: felix.jimenez@meecd.es

Kent Flannery y Joyce Marcus. *The Creation of Inequality. How Our Prehistoric Ancestors Set the Stage for Monarchy, Slavery and Empire*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts. London, England, 2012, xiii, 631 pp., ils. ISBN: 9780674064690 (1).

La obra que comentamos responde a la pluma de dos distinguidos arqueólogos norteamericanos, Kent V. Flannery y Joyce Marcus, bien conocidos por sus numerosas e importantes investigaciones en la arqueología teórica y de campo de Mesoamérica. Ambos (una feliz pareja desde hace décadas) han desarrollado prácticamente toda su fructífera vida científica en el Museo de Antropología de la Universidad de Michigan, en los EE.UU. El valle de Oaxaca en México –inusualmente rico en antigüedades que van desde el Paleolítico superior o Mesolítico (hace 12-10.000 años) hasta la conquista española en el siglo XVI– sirvió en gran medida como principal “entrenamiento” político para el desarrollo y consolidación de sus ideas generales. A la vez, en sus investigaciones personales se reconoce una especialización: si el profesor Flannery ha contribuido enormemente al estudio de las primeras culturas de Mesoamérica (a partir de los materiales del mismo valle de Oaxaca) y, en particular, ha resuelto con éxito el problema del origen de la agricultura en la Mesoamérica precolumbina (Flannery 1971, 1973, 1976, 1986; Flannery *et al.* 1981; Flannery y Marcus 1983, 2000) Joyce Markus ha empleado mucho tiempo y esfuerzo en el análisis de las cuestiones más difíciles de la historia de la civilización clásica maya y de las más antiguas ciudades mesoamericanas (Marcus 1981, 1983, 1992; Marcus y Flannery 1996).

Este libro, aunque basado en la riqueza de la incalculable experiencia científica de ambos autores, tiene un carácter absolutamente distinto. K. Flannery y J. Marcus se han planteado una ambiciosa tarea: trazar a partir de un volumen enorme de datos antropológicos (fuentes arqueológicas, etnográficas e históricas) la evolución de las instituciones sociopolíticas humanas durante los últimos 12-10.000 años, desde las comunidades primitivas igualitarias hasta los estados e imperios despóticos.

(1) M. I. Martínez Navarrete tradujo el original del ruso. La transliteración al español sigue a F. Presa González Presa (ed.) 1998: *Historia de las literaturas eslavas*. Cátedra, D.L. Madrid. Esta versión fue revisada por el autor.

El principio fundamental de este impresionante plan general es la combinación de datos etnográficos (antropología social), para informarse sobre el nivel de desarrollo de los diferentes grupos humanos en las sociedades tradicionales, con los de las culturas arqueológicas de nivel similar (los natufienses de Próximo Oriente, con los cazadores y recolectores arcaicos de Puebla y Oaxaca en México y otros). Señalaré aquí dos puntos importantes. El primero es que cualquier especialista, comprometido con el estudio del pasado, sabe bien qué difícil es combinar materiales arqueológicos y etnográficos en la práctica. En mi opinión, los autores han solventado este reto con bastante éxito. El segundo es que, dada la especificidad de los datos arqueológicos, siempre es más difícil utilizarlos en la búsqueda de criterios fiables para rastrear los cambios en la estructura socio-política de cualquier sociedad antigua. K. Flannery y J. Marcus han escogido como puntos de referencia arqueológicos: “las casas masculinas” (*men's houses, ritual houses*) y los templos como indicadores de las diferentes etapas de desarrollo de los grupos humanos; las diferencias en los rituales funerarios (el tratamiento del cadáver, las particularidades de la construcción funeraria, la presencia o ausencia de objetos “de prestigio” etc.) y, por último, la existencia de jerarquías de asentamientos (o la ausencia de ellas).

Por mi carrera como arqueólogo, estoy muy familiarizado tanto con la arqueología de Mesoamérica, como con la de Próximo Oriente (durante 12 campañas participé en la expedición arqueológica rusa al noroeste de Irak, entre 1969-1980, donde investigamos poblados agrícolas iniciales del VIII-IV milenio a.n.e.: Yarim-Tepe I, II, III, Tell Sotto, Tell Magzalia). Por consiguiente solo puedo admirar la grandiosidad del plan de creación de este libro, y el asombroso éxito de su materialización en vida. Se puede afirmar con certeza que la ciencia arqueológica mundial carecía todavía de trabajos de tal escala global. K. Flannery y J. Marcus, al comparar las historias de las sociedades “vivas” y “fósiles” de casi todo el mundo durante los últimos 12.000 años, han trazado de modo convincente el camino largo y difícil de la humanidad desde la igualdad a la desigualdad, desde el orden tribal basado en el parentesco a la jefatura compleja (*chiefdom*), al estado, al reino y al imperio.

No es un secreto que la mayoría de las posiciones teóricas y las reconstrucciones de los sistemas sociales del pasado remoto se basan en los materiales etnográficos de las sociedades tradicionales de Asia, África, Australia y América, obtenidos en los siglos XVI-XIX (en menor medida a principios del XX) por viajeros, funcionarios, monjes-misioneros y, más tarde, por etnógrafos profesionales. Por desgracia al describir las “sociedades vivas” (sistemas socio-políticos incluidos) que aparecían ante su mirada, esta gente prestó menor atención a la concreción material de tales instituciones. Además no siempre podemos garantizar la fiabilidad de las descripciones que son ya de imposible verifica-

ción. Por otro lado los ricos materiales arqueológicos, procedentes prácticamente de todos los periodos de la historia de la humanidad y todos los continentes de la Tierra, tienen un carácter informativo limitado (salvo raras excepciones, solo se conserva lo que resistió los estragos del tiempo) y son bastante avariciosos respecto a las conclusiones sociológicas. De ahí el problema inmemorial de “unir” los datos etnográficos y arqueológicos sin cuya resolución también será complicada en muchos aspectos la reconstrucción exitosa de la evolución de las estructuras sociales de las sociedades antiguas.

Despiertan especiales discusiones momentos claves del pasado humano como la transición del sistema comunal primitivo (nivel de “jefatura”, *chiefdom*) al estadio del estado y la civilización (nivel del estado “inicial” o “primario”), la definición de los atributos concretos (materiales) de la “jefatura” y “el estado inicial”. Recientemente han aparecido trabajos prometedores de científicos rusos como N. N. Kradin, D. M. Bondarenko, A. V. Korotaev y L. E. Grinin (2), junto a los de numerosos investigadores extranjeros. Pero, sin duda, el libro de K. Flannery y J. Marcus supera la mayoría de las publicaciones previas por la amplitud de su temática y su profundidad analítica. La investigación combinó, además, de modo bastante armonioso y convincente datos de la Arqueología y la Antropología social.

En resumen, me gustaría destacar algunos puntos. Uno no puede disentir de que la producción de excedentes (*surplus*) sea la principal fuente material y la condición necesaria para la aparición y desarrollo de sociedades complejas estratificadas, desde la jefatura al estado. Los primeros estados (la civilización) aparecen aquí y allá, donde y cuando se alcanza una circulación amplia y una producción sistemática (también una distribución desigual) de un producto excedentario. Las sociedades con un sistema económico de producción basado en la agricultura y la ganadería muestran la vía principal en esa dirección. Por él han pasado todas las “primeras civilizaciones” conocidas: en el Viejo Mundo la sumeria, la egipcia, la de la antigua India (Mohenjo Daro y Jrapa) y la de la antigua China; en el Nuevo mundo la mesoamericana y la peruana.

Hay una excepción: la aparición de la desigualdad y de una estratificación social avanzada en sociedades de pescadores, cazadores y recolectores como las tribus indias de la costa del Pacífico de los EE.UU. y Canadá, que usaron con habilidad los inagotables recursos biológicos del océano. Sin embargo es indudable que, en la América precolombina, las sociedades indias que durante mucho tiempo y con éxito dominaron las destrezas de la producción agrícola llegaron más lejos en su desarrollo.

(2) Sobre este tema véase Popov (1995), Grinin *et al.* (2006) y Kradin (2012).

Precisamente K. V. Flannery en Oaxaca (junto con R. S. MacNeish en el vecino estado de Puebla), gracias a sus complejas investigaciones arqueobotánicas en las cuevas de Guilá Naquitz, Cueva Blanca, gruta Martínez y al descubrimiento del campamento al aire libre Gheo Shih, contribuyó decisivamente a estudiar los orígenes de la agricultura mesoamericana y, como es bastante natural, de las civilizaciones mesoamericanas.

Ambos autores señalaron con toda justicia el importante papel del culto a los ancestros en la evolución de las estructuras sociales desde la remota antigüedad. En todos los centros de las futuras civilizaciones, sea la China Shang, el periodo clásico maya, los estados medievales de África, el poder mochica e inca en Perú, la legitimación de la autoridad imperial en muchos aspectos se basaba en el culto a los ancestros reales (Guliaev 1990).

Por último, me agradó en especial que los autores (básicamente expertos en arqueología mesoamericana) dominaran con éxito la ingente bibliografía sobre el Próximo Oriente antiguo, incluyendo trabajos con los resultados de las investigaciones de los arqueólogos rusos en el noroeste de Iraq.

Está muy claro que, en los próximos años, la obra de K. V. Flannery y J. Marcus será una referencia para todos los científicos dedicados a la historia del desarrollo de las instituciones sociopolíticas humanas en los últimos 12.000 años.

- Flannery, K. V. 1971: "Archaeological System Theory and Early Mesoamerica". En S. Struever (ed.): *Prehistoric agriculture*. American Museum of Natural History. New York.
- Flannery, K. V. 1973: "The Origins of Agriculture". *Annual Review of Anthropology* 2: 271-310.
- Flannery, K. V. (ed.) 1976: *The Early Mesoamerican Village*. Academic Press. New York.
- Flannery, K. V. (ed.) 1986: *Guilá Naquitz: Archaic foraging and early agriculture in Oaxaca, Mexico*. Academic Press. Orlando, F. L.
- Flannery, K. V. y Marcus, J. 1983. *The Cloud People Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*. Academic Press. New York.
- Flannery, K. V. y Marcus, J. 2000: "Formative Mexican Chiefdoms and Myth of the 'Mother Culture'". *Journal of Anthropological Archaeology* 19: 1-37.
- Flannery, K. V.; Marcus, J. y Kowalewski, S. A. 1981: "The Pre-ceramic and Formative of the Valley of Oaxaca". En V. R. Bricker y J. A. Sabloff (eds.): *Supplement to the Handbook of Middle American Indians I*, Archaeology. University of Texas Press. Austin: 48-93.
- Grinin, L. E.; Bondarenko, D. M.; Kradin, N. N. y Korotaev, A. V. (red.) 2006: *Rannee gosudarstvo, ego alternativny i analogi*. Uchitel. Volgograd.

Guliaev, V. I. 1990: *Gosudarstvennaia ideologiya drevnij maiia (k voprosu o kulte tsarskij predkov)*. Problemy arheologii i drevnei istori stran Latinskoj Ameriki, Nauka. Moskva

Kradin, N. N. (red.) 2012: *Politicheskaja antropologija traditsionnyj i sovremennyj obschestv: materialny mezhdunarodnoi konferentsi*. Izdatelski dom Dalnevostochnogo federalnogo universiteta. Vladivostok.

Marcus, J. 1981: "On the nature of the Mesoamerican city". En E. Z. Vogt y R. M. Leventhal (eds.): *Prehistoric settlement patterns: Essays in honor of G. R. Willey*. University of New Mexico Press y Peabody Museum. Albuquerque y Cambridge, Mass.: 196-205.

Marcus, J. 1983: "Lowland Maya Archaeology at the Crossroads". *American Antiquity* 48 (3): 454-482.

Marcus, J. 1992: *Mesoamerican writing systems: propaganda, myth, and history in four ancient civilizations*. Princeton University Press. Princeton.

Marcus, J. y Flannery, K. V. 1996: *Zapotec civilization: how urban society evolved in Mexico's Oaxaca Valley*. Thames & Hudson. London.

Popov, V. A. (red.) 1995: *Rannie formy politicheskoi organizatsi: ot pervobytnosti k gosudarstvennosti*. Vostochnaia literature. Moskva.

Valery Ivanovich Guliaev. Dr. en Ciencias Históricas, Catedrático, Jefe del Dpto. de Teoría y método. Instituto de Arqueología. Academia Rusa de Ciencias. C/ Dm. Ulianova 19. Moscú 117036. Rusia. Correo e.: viguliaev@yandex.ru

Tobias L. Kienlin y Andreas Zimmermann (ed.). *Beyond Elites: Alternatives to Hierarchical Systems in Modelling Social Formations (International Conference at the Ruhr-Universität-Bochum, October 22-24, 2009)*. Universitätsforschungen zur prähistorischen Archäologie 215. Verlag Dr. Rudolf Habelt GmbH, Bonn, 2012, 2 vols., 575 pp. ISBN 978-3-7749-3675-1.

The conference whose proceedings are published in these volumes was dedicated to exploring alternatives to hierarchical approaches to the reconstruction of prehistoric social organization. Tobias Kienlin's vigorous introduction sets the agenda. We have paid too much attention to exceptional spectacular funerary finds (Varna, Leubingen) as evidence of hierarchy, he argues, and too little to the mundane egalitarian realities of the domestic archaeological record. We are too often guided by social evolutionary expectations that lead us to essentialize distinctions between ascribed and achieved leadership and to derive modern forms

of complexity from the more elaborated elements of the archaeological record. We need, in short, to pay greater attention to the dynamics of kinship-organized societies when we think about the past. For prehistorians of Europe, where from the Neolithic into the Iron Age societies were “middle-range” in nature, these are useful reminders indeed.

Many of the contributions to this volume were evidently commissioned so as to develop the program Kienlin sets forth. Thus, Hans Peter Hahn provides a useful review of the classical social anthropological literature on segmentary societies, while Paul Roscoe's contribution reviews the variety of leadership roles and the scale of labor mobilization in contact-era New Guinea and suggests how these cases may help Europeanists envision how leaders in Neolithic societies operated. Andreas Zimmermann sketches out the system dynamics that govern the cultural cycles of agrarian societies from the Neolithic to the Iron Age (that is to say, in the evolutionary interval between bands and states). Lorenz Rahmstorf discusses how writing systems, seal impressions, and standardized weights and measures constitute mechanisms by which elites make effective their control and shows how these operated in Mesopotamia, the Indus and the Aegean, and how these were absent in the Copper and Bronze Ages of Central Europe. These contributions establish a useful comparative framework with which to assess the variability of later prehistoric social organization in Europe.

Most of contributions to the collection consist of studies that examine aspects of the social organization of particular prehistoric European cases. Daniela Hofmann's and Jens Lüning's respective contributions evaluate western *Linearbandkeramik* burial and settlement patterns. The variety of burial practices, combined with the relative uniformity of house types and their decreasing size over time make it clear that here we are dealing with a society in which social differentiation is gender- and age-based within households and achievement-based between them. Johannes Müller's discussion of the late Neolithic settlement of Okolište in Bosnia, occupied between 5200 to 4600 calBC, indicates the existence of differentiated consumption and production between houses, but this ceases when the richer houses are burned down midway through the settlement's occupation. The author suggests social inequalities could not be sustained in the absence of intensive agriculture. Svend Hansen argues (*contra* Kienlin) that cemeteries with rich graves (Varna and Novoswobodnaja-Klady) are *ipso facto* evidence of social stratification, and suggests that “the flight of people from threatening power into the forests and mountains” explains why this stratification fails to take permanent hold and why, even after the consolidation of heroic values in the later fourth millennium cal BC, state-type institutions fail to develop in eastern and central Europe.

John Chapman's contribution reviews the unimpressive settlement evidence that accompanies the Varna cemetery and contrasts these with the Tripolye mega-settlements of the Ukraine. The sheer size of some of these sites “raises issues of provisioning of every raw material” leading Chapman to conclude that “the organisation required to manage questions of such vast supply and demand imply strongly hierarchical leadership” (p. 232). As Chapman notes, however, the funerary record that accompanies these settlements is scant. Chapman reviews the various suggestions that have been made to explain away the spectacular displays of wealth at Varna or to suggest forms of bottom-up self-organization at the Tripolye mega-sites, but concedes that “it remains hard for [him] to imagine the lack of a hierarchical component in either” of them (p. 239). Both William Parkinson and Attila Gyucha's essay and Kienlin's substantive contribution to the collection consist of reviews (Kienlin's much more detailed) of the settlement evidence during the two phases (Neolithic [ca. 5300-4600 cal BC] and Bronze Age [2350-1450 cal BC]) of tell formation in the Carpathian Basin. Both contributions agree that societies of the first phase were tribal in character (with some incipient hierarchical elements) and that the subsequent devolution to a dispersed settlement pattern is an example of the cycling that characterizes such social formations. With respect to the second phase, Parkinson and Gyucha interpret the development of settlement hierarchies as reflecting “the emergence of institutionalized political inequality” at the same time that they concede that “there is little explicit evidence” for such inequality (p. 247). Kienlin reviews in detail this absence of evidence and argues that conclusions such as those of Parkinson and Gyucha illustrate how unwarranted social evolutionary expectations bias scholars towards complexity inflation.

Yet another set of chapters deal with the European Bronze Age. James Johnson discuss the Sintashta culture of the southern Urals, the numerous fortified (settlements) of which suggest a development of complexity that subsequently dissipated, and propose avenues of research that might contribute to a better understanding of the dynamics of this cycle. Kristian Kristiansen provides a summary of the splendidly imaginative reconstruction of the Nordic Bronze Age that was at the core of his earlier work with Thomas Larsson (Kristiansen & Larsson 2005). His argument that a priesthood was at the apex of the social pyramid finds support in Mechthild Freudenberg review of the burial evidence from Schleswig-Holstein. In contrast, the Alpine area discussed by Margarita Primas presents little evidence of social stratification. She suggests, therefore, that mining and smelting were self-organized communal operations and that it was the gatekeepers of distribution networks outside the primary metal-producing regions that were able to use their positions to enrich themselves. This

view squares with the conclusions Blanka Nessel draws from her review of the burials whose contents suggest the deceased were smiths: they are scarce and their contents are modest. This evidence supports Maikel Kuijper's doubts about interpretations that stress the intrinsic complexity of metal-working and the specialization and ritual importance of metal-workers.

Readers of this journal will be particularly interested in Martin Bartelheim's lucid and prudent discussion of what one can learn about the class structure of El Argar from burial evidence, with attention focused on the site of Fuente Álamo. Based on the fact that almost all of the individuals buried at the summit of that site showed anthropological evidence of hard physical labor, he comes to the conclusion that "the social pyramid in Fuente Álamo cannot have been very steep" (p. 350). The other contribution dealing with an Iberian case, Sheila Kohring's essay, "A scalar perspective to social complexity: complex relations and complex questions", is rather less useful. The example showing the utility of a scalar perspective involves the differing typological characteristics and spatial distributions of Bell Beakers at the sites of La Pijotilla, San Blas, and Perdigões, but the absence of any concrete detail about the assemblages being compared makes it impossible to evaluate the concrete nature of the "technologies and narratives" (p. 333) that linked these sites. The post-processual jargon Dr. Kohring favors makes it difficult to discern what this essay has to do with the principal themes of the collection.

A certain lack of discipline is, of course, almost inevitable in volumes that collect essays based on the proceedings of the conference. Distinguished scholars are invited to participate in the meeting, they submit a version of what they presented for publication, and since the authors are highly considered for good reasons, their contributions are accepted for publication even though their relevance to the central themes of the conference are in some cases not altogether clear. Justice then demands that, having accepted articles by Mike Rowlands comparing ancestor cults in West Africa and China or by Alfredo González-Ruibal on tribal resistance to the state in western Ethiopia or by Reinhard Bernbeck on how Hobbes's notion of a "multitude" can help us understand the polythetic character of Halafian archaeological assemblages, the editors also accept (for example) articles on funerary wall paintings from Campania and Lucania (by Dirk Steuernagel) or on game board objects from Scandinavian Iron Age graves (by Anne Widura). As a result a considerable proportion of the chapters in this publication are not directly relevant to its central themes.

On the whole, however, many of the contributions to this volume can serve to remind us of how severely complexity inflation has affected the interpretation of European prehistory in recent decades. Before the Iron Age the efforts of ambitious individuals to set them-

selves above and exploit their fellows were only intermittently successful. We should remember, however, that the underlying reason for this inflation is the understandable desire of prehistorians to make their work contribute to understanding the rise of social stratification, that process being the most significant watershed in the history of humanity. And we also should keep in mind that, as Manfred Eggert's contribution to this volume makes clear, sociocultural evolutionary approaches remain the best path to achieving that understanding.

Kristiansen, K. & Larsson, T. B. 2005: *The rise of Bronze Age society: Travels, transmissions and transformations*. Cambridge University Press. Cambridge.

Antonio Gilman, Department of Anthropology, California State University-Northridge, Northridge, CA 91330, USA. E-mail: antonio.gilman@csun.edu

Manuel A. Rojo Guerra, Rafael Garrido Pena e Iñigo García Martínez de Lagrán (coords.). *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Cátedra, Historia, serie mayor. Madrid, 2012, 670 pp. + figs., tabs., planos. ISBN: 978-84-376-3046-5.

A veinticuatro años de la publicación por Cátedra del *Neolítico en España* (López 1988), la misma editorial ha encargado a tres conocidos especialistas en la materia la coordinación de un nuevo volumen que sirva de manual actualizado, orientado tanto a especialistas como a un alumnado universitario. El nuevo volumen mantiene las mismas dimensiones e incluso el tono de color de las cubiertas, lo que refuerza la continuidad que pretenden transmitir coordinadores y editorial. Se ha hecho, sin embargo, un esfuerzo por actualizar su estructura, entre otras cosas incorporando al previamente olvidado Portugal, así como una importante sección referida al Neolítico europeo, escrito por cuatro renombrados especialistas británicos. A su vez, los capítulos más teóricos o sintéticos del volumen de 1988 se han agrupado y expandido en el primer bloque del nuevo volumen.

Los coordinadores han hecho un notable esfuerzo para que los lectores potenciales puedan contextualizar el Neolítico peninsular en su marco europeo mediante cuatro ensayos en castellano de Alasdair Whittle, Paul Halstead, Daniela Hofmann y Julian Thomas. Mientras que el primero repasa las cuestiones de mayor actualidad de la investigación del Neolítico europeo, los otros tres revisan respectivamente los cambios económicos en el sur de Europa, la arquitectura doméstica y los

monumentos megalíticos. El trasfondo postprocesual (o “interpretativo”, como gusta hoy en día) y los propios intereses de los autores afectan de forma desigual a la orientación pedagógica que pretende el volumen. En este sentido, el capítulo que puede resultar más digerible para un lector universitario es el de Halstead, que presenta un panorama de las prácticas agropecuarias del Neolítico antiguo en la Europa mediterránea de una manera clara y concisa. En todo caso, la responsabilidad de elaborar la contextualización queda en manos del lector: ninguno de los ensayos tiene como objetivo la comparación de las evidencias y procesos peninsulares con los del resto de Europa.

Los capítulos más informativos son los cuatro relativos a la agricultura, la ganadería, las primeras formas de hábitat y las prácticas mortuorias del Neolítico peninsular, que cierran la primera parte del volumen. En estos útiles ensayos, los autores han debido hacer un esfuerzo de síntesis comparativa y, por tanto, ofrecen un destilado del estado de la cuestión y de los problemas actuales de la investigación a escala ibérica. Aunque abordados desde distintos enfoques, lo cierto es que todos coinciden en enfatizar de una u otra manera la “variabilidad indómita” (p. 123) del registro arqueológico que conocemos, por utilizar una afortunada expresión de Corina Liesau y Arturo Morales, autores por otra parte del artículo más polémico e inquietante de todo el volumen, en el que cuestionan muchos de los patrones que creemos ver y que tanto nos gustan a los especialistas. Personalmente creo que el volumen habría mejorado sustancialmente si se hubiesen incluido similares síntesis comparativas sobre la cronología, el paleoambiente y las distintas producciones líticas y cerámicas. Estos ensayos sin duda habrían sido culminados con brillantez por algunos de los autores que contribuyen a la monografía y, de paso, habrían descargado los capítulos dedicados a síntesis regionales, que forman parte del segundo bloque del volumen.

La zonificación de estas síntesis sigue criterios heterogéneos, lo que en ocasiones genera ciertos solapamientos y ausencias. Los 10 capítulos se organizan por países (Portugal), comunidades autónomas (Galicia, Cataluña, Extremadura, Andalucía), regiones “naturales” (cuencas del Duero y Ebro, región central del Mediterráneo, Meseta sur) y otras cosas (“Cantabria”, que además de dicha Comunidad Autónoma incluye a Asturias y País Vasco). El espacio dedicado a cada capítulo es prácticamente idéntico, lo que previsiblemente ha exigido un mayor esfuerzo sintético a quienes abordan regiones extensas o con mayor tradición investigadora. Se estructuran en dos bloques: una síntesis y una selección de 4 ó 5 yacimientos significativos. Todos ellos tratan los aspectos historiográficos, la distribución general de los yacimientos, el paleoambiente, la cronología, las características generales del registro arqueológico y una última sección más interpretativa. Los autores han abordado

de manera también heterogénea tanto el registro regional como sus posibles interpretaciones, que muchas veces son inevitablemente de escala peninsular. Sin descrédito a ninguno de los ensayos, todos ellos buenos estados de la cuestión, algunos autores han realizado un mayor esfuerzo en transmitir con claridad lo que desearía (o debería) conocer un estudiante universitario.

El libro tiene un buen número de ilustraciones: 40 planos y 178 figuras y tablas. Los editores han homogeneizado con buen criterio los 10 planos que sirven de índice para localizar los yacimientos significativos de cada región. Muchos de los restantes, escogidos por los autores individuales, habrían sido perfectamente prescindibles como, por ejemplo, los mapas mudos de localización de los yacimientos significativos de Extremadura. Desde luego, los especialistas hemos invertido tradicionalmente poco esfuerzo –o hemos tenido poco éxito– en transmitir ideas sintéticas mediante la ilustración, y no me refiero exclusivamente a la recreación, de cuya importancia son muy conscientes y usuarios habituales los editores de este volumen. En general, las plantas y secciones de yacimientos arqueológicos siguen siendo incomprensibles para la mayor parte del alumnado universitario, mientras que las figuras que compendian conjuntos industriales solo son útiles para aquellos que saben en lo que fijarse. Afortunadamente, los autores de este volumen han optado mayoritariamente por fotografías y figuras informativas.

Al igual que el volumen de 1988, este también cuenta con una tabla de dataciones de radiocarbono y algunas de TL. Es un considerable trabajo de recopilación que nace inevitablemente anticuado, como sucede con toda lista en este formato. Tiene una discutible utilidad para un estudiante universitario, que como he comentado más arriba hubiera preferido un capítulo dedicado a analizar la cronología del Neolítico a escala peninsular. En cambio, es una clara prueba del relevante esfuerzo colectivo de los investigadores por mejorar la cronología numérica del Neolítico peninsular, que ha pasado de las 93 dataciones de 1988 a las –como mínimo– 1043 recopiladas en esta publicación.

La bibliografía, una parte importante de todo manual, está muy actualizada. El 85% de las más de 1170 referencias bibliográficas son posteriores a 1988, mientras que el 52% son de este siglo. Al contrario del volumen de 1988, el nuevo agrupa al final todas las referencias bibliográficas, lo que tiene ventajas y desventajas. El listado merecería un comentario aparte, dado que deja traslucir otros aspectos, más relativos a las dinámicas de investigación y a la sociología de la ciencia. Solo un nota. Resulta curioso ver el escasísimo impacto de los cuatro congresos de Neolítico Peninsular publicados (algo más de 3400 –inabordable– páginas): solo agrupan el 7% de las referencias, de las que únicamente 15 se refieren a aspectos paleoecológicos y 4 (¡cuatro!) a aspectos específicos de las producciones cerámicas o líticas.

Los editores de este volumen han conseguido resolver un proyecto editorial complejo. Con sus virtudes y sus –a veces inevitables– defectos, este volumen es un fiel reflejo de la sociología de la investigación prehistórica tanto en la Península Ibérica como en Gran Bretaña. Expone muchos de los avances de la investigación sobre el Neolítico peninsular de los últimos veinticinco años y, en ese sentido, será un manual universitario de gran utilidad. Uno habría deseado que esta nueva síntesis fuese realmente comparativa pero, ciertamente, y por seguir la máxima volteriana, “lo mejor es enemigo de lo bueno”.

López, P. (ed.) 1988: *El Neolítico en España*. Cátedra. Madrid.

Pedro Díaz-del-Río. Grupo de Investigación Prehistoria Social y Económica. Instituto de Historia CCHS, CSIC. C/ Albasanz 26-28, 28037 Madrid.
Correo e.: pedro.diazdelrio@cchs.csic.es

Thomas X. Schuhmacher. *Chalkolithische und Frühbronzezeitliche Elfenbeinobjekte auf der Iberischen Halbinsel. Studien zu Herkunft, Austausch, Verarbeitung und sozialer Bedeutung von Elfenbein*. Iberia Archaeologica Bd. 16, Fasc. 2. Verlag Phillip von Zabern. Darmstadt/Mainz, 2012, 651 pp. ISBN: 978-3-8053-4577-4.

Desde el estudio pionero que hice con Antonio Gilman (Harrison y Gilman 1977), ha habido numerosos descubrimientos de marfil de diferentes especies animales y criaturas marinas en la Prehistoria ibérica. En los últimos 30 años las excavaciones han recuperado unos 1212 objetos de marfil, situados cronológicamente entre 2800-1650 BC y distribuidos geográficamente por gran parte del tercio meridional de la Península Ibérica. Este estudio de Thomas Schuhmacher coordina todo este material y, junto con un breve estudio de las técnicas de determinación de la procedencia debido a su colaborador Arun Banerjee, facilita este *corpus* de material a las bibliotecas arqueológicas de Europa. Es un volumen masivo que pesa 3,054 kg y tiene 651 pp.; un poco más de las 14 pp. que Gilman y yo le dedicamos.

El marfil es interesante ya que, al ser una materia prima no accesible en Iberia, tiene que ser importada en primera instancia del Norte de África, de las ballenas varadas en las costas atlánticas y, quizás también, de elefantes de origen asiático. Su importación ilustra sobre los patrones de cambio a larga distancia entre sociedades que no estuvieron necesariamente en contacto directo. Estas sociedades no estaban al mismo

nivel de desarrollo social, lo que se suma al interés intrínseco de los patrones de intercambio.

Los estudios sobre el intercambio de materias primas exóticas tienen una larga historia en la arqueología mediterránea, y probablemente son mejor conocidos en los estudios modernos a partir de los trabajos pioneros de Colin Renfrew (en colaboración con científicos y especialistas en materias primas) sobre obsidiana, cobre, mármol y cuentas de fayenza, que inspiraron muchas y afortunadas secuelas. Lo que quedó claro a partir de estos estudios fue que los intercambios tenían una dimensión social que superaba los simples cálculos econométricos y que aspectos como la competición, el engrandecimiento, el alarde y la acumulación de riqueza formaron parte de estos modelos.

En el caso del marfil, el trabajo comparativo se retrasó hasta que hubo suficientes objetos identificados correctamente como hechos en marfil y no en hueso y, una vez que esto se consiguió, para empezar a separar los diferentes tipos de marfil: dientes de cachalote, colmillos de narval, morsa e hipopótamo, marfil de elefante fósil y marfil de elefantes que vivieron en el III y II milenio BC en el Norte de África y Asia occidental. La inmensa mayoría del marfil identificado por Schuhmacher procede de colmillos de elefante, como indican sus interesantes tablas de distribución: la nº 1 (p. 66), muestra 1052 piezas de España, 160 de Portugal e incluye un mínimo de 115 piezas de las colecciones españolas reunidas por Siret ahora perdidas. El peso total de todo el marfil disponible para el estudio fue de 3560 g (p. 300, Tab. 5) con un peso medio de 4,8 g por pieza. Considerando que se incluyen piezas sustanciales de materia prima, como las secciones de colmillo de elefante de Matarrubilla (p. 386), El Acequión (p. 378) y Los Algarbes (p. 386), uno puede darse cuenta de que muchos de los objetos acabados son pequeños.

Los objetos de marfil son variados; adornos como cuentas, botones, brazaletes, alfileres, pendientes, unos pocos peines; pequeños contenedores con tapas (¿quizás para perfumes o drogas?), pomos de cuchillo, objetos del ritual funerario, como las copias de sandalias de la Tumba 12 de Los Millares, y una o dos figuritas humanas. Casi todas estas formas pueden equipararse con objetos fabricados con materiales locales como hueso o caliza.

Los talleres o las áreas de taller donde el marfil importado era convertido en esas formas han sido encontrados por toda España, en Valencina de la Concepción, Matarrubilla (Sevilla) El Acequión (Albacete) y, probablemente también, en la Illeta dels Banyets (Alicante). Es claro que el marfil fue importado como una materia prima que se manufacturaba en productos adaptados al gusto de las sociedades de las Edades del Cobre y del Bronce en Iberia y no como piezas acabadas.

Schuhmacher cree posible distinguir el marfil de, al menos, tres especies de elefante. El más claramente

identificado era el elefante de sabana africano (*Loxodonta africana*), así como dos especies más lejanas: los elefantes asiáticos (o indios) (*Elephas maximus*) y el elefante del Pleistoceno final europeo (*Palaeoloxodon antiquus*). El marfil del elefante africano occidental se encuentra principalmente en Portugal, y en los periodos finales en el Sureste español. En el Calcolítico andaluz de Los Millares detecta un marfil similar al de los elefantes del Asia occidental, y propone que hubo un cambio de las fuentes de marfil asiáticas a otras africanas durante el periodo argárico. Si este modelo de cambio de los patrones de abastecimiento se probara, reforzaría el argumento de aquellos arqueólogos que creen que hay contactos, débiles pero existentes, entre el sureste de Iberia y el Mediterráneo oriental. Sin embargo esto todavía tiene que ser demostrado de manera satisfactoria.

Separar el marfil africano del asiático no es tan sencillo como uno desearía. Banerjee describe (p. 453) cómo los diferentes patrones en la formación de dentina permiten distinguir los marfiles de, al menos, 5 especies diferentes de elefantes, incluyendo al extinto *Mammuthus primigenius*. Estas estructuras (denominadas las “líneas Schreger”) pueden reconocerse a simple vista, y medirse de manera precisa a bajo aumento. Los análisis espectroscópicos apoyan las identificaciones ópticas y sugieren que son suficientes para distinguir las diferentes fuentes de marfil. Sin embargo, las pocas páginas que Banerjee facilita (pp. 451-458) son simplemente un breve resumen de su trabajo publicado sobre el tema desde 2002, y no cuantifican los tamaños de la muestra, los rangos de variación y otros datos básicos para poder juzgar la precisión de las determinaciones de la materia prima. Por ejemplo, no se puede saber cuántas muestras de marfil proceden del noroeste de África.

Este es un problema que debe abordarse. Es bien conocido a partir de fuentes históricas que muchos elefantes salvajes recorrían el noroeste de África en el Periodo Clásico. Aníbal tenía 37 elefantes de guerra en su invasión militar de Italia en el 218 BC, y solo uno era asiático (su propio animal de gran tamaño). El general romano Nobilior marchó sobre Numancia con 10 elefantes de Guerra en el 153 BC (y los perdió todos). En el Museo del Bardo de Túnez hay también gran número de objetos de marfil, procedentes de contextos excavados fenicios, cartagineses y romanos, que podrían muestrearse para ver el rango completo de variación en la composición del marfil de los elefantes del África noroccidental. Esto sugiere que el marfil habría sido abundante y relativamente fácil de obtener en el África noroccidental durante toda la Prehistoria tardía, y no debería sorprendernos si, en su mayoría, perteneciera al elefante de sabana africano.

El *corpus* de material tiene todas las virtudes de los estudios de este tipo: detallado, preciso, bien ilustrado y repetitivo. Las nuevas fotografías a color son excepcionalmente buenas. Pero es una presentación de datos que a Georg y Vera Leisner les resultaría familiar hace

unos 70 años; en resumen, no es lo bastante flexible para el siglo XXI. Se espera que la información de una base de datos moderna pueda cruzarse para poner a prueba los patrones de asociación, distribución, etc, permitiendo descubrir los patrones que eludió el compilador original. También necesita ser abierta, de modo que puedan incorporarse nuevos datos y reforzar el valor del trabajo original. Este *corpus* sufre de obsolescencia, a falta de un editor riguroso que lo redujera y preparara como una tabla informatizada. Este es un trabajo que el *Deutsches Archäologisches Institut* debería haber emprendido, incluyendo una base de datos interactiva de este material en su propio sitio web, accesible a los estudiantes. Después de todo, el sitio web del *DAI* destaca el trabajo de Schuhmacher, que está incluido en la prestigiosa serie *Iberia Archaeologica*. Entre los estudios recientes que describen nuestro mundo actual de tecnología de la información está el de Howard Rheingold (2012), donde ofrece formas prácticas de vivir con, y usar de manera provechosa, nuestra nueva “cibercultura”. Como arqueólogos, debemos dar la bienvenida al fortalecimiento de estas redes y aprender cómo consumir los medios digitales. Sobre todo tenemos que aprender cómo prestar atención de manera eficiente al exceso de información.

Sin embargo, hay que dar la bienvenida a este estudio y agradecer calurosamente al autor su enorme esfuerzo en la búsqueda de tanto material. Sin duda sus conclusiones se discutirán durante las próximas décadas.

Harrison, R. J. y Gilman, A. 1977: “Trade in the second and third millennia B.C. between the Maghreb and Iberia”. En V. Markotic (ed.): *Ancient Europe and the Mediterranean. Studies presented in honour of Hugh Hencken*. Aris & Phillips. Warminster (R.U.): 90-114.

Rheingold, H. 2012: *Net Smart. How to Thrive Online*. MIT Press. USA.

Richard J. Harrison. Dept. of Archaeology and Anthropology. University of Bristol.

Correo e.: r.j.harrison@bristol.a.cuk

José Antonio Rodríguez Marcos y Julio Fernández-Manzano (eds.). *Cogotas I. Una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Homenaje a M^a. Dolores Fernández-Posse*. Serie Arte y Arqueología 30, Universidad de Valladolid – Junta de Castilla y León. Valladolid, 2012, 606 pp. ISBN 978-84-8448-672-5.

Apreciar similitudes en aspectos o detalles entre objetos arqueológicos facilita argumentos para relacionar

grupos sociales. Si esos objetos distan lo bastante, se entiende que las relaciones involucraron a sociedades distintas. Sin embargo a veces, la rigidez de las materias primas y/o que los objetos sirvieran a tareas básicas y comunes (molinos, machacadores, punzones...) han conformado un acuerdo tácito que disocia afinidades morfológicas y relación entre sociedades, como si los parecidos generales por imperativos físicos o necesidades funcionales fueran ajenos a la identificación de vínculos sociales específicos.

Otros objetos, en cambio, gozan de una capacidad especial para señalar relaciones intersociales, como los recipientes cerámicos decorados de la tradición de Cogotas I. Estos pertenecen al conjunto de objetos cuya distribución geográfica excede los territorios delimitados por los artefactos más abundantes y menos cosmopolitas, que definen las entidades arqueológicas que consideramos metonimias de sociedades prehistóricas.

Una vez asumida la relación entre sociedades, pueden ocupar a la investigación durante décadas interrogantes como ¿fueron esos objetos el “motor” de la relación o su “resultado”? (1) ¿cuál fue la naturaleza e intensidad de la relación, y por qué con tales límites temporales y espaciales? La cerámica de tradición Cogotas I se diferencia de otros objetos distintivos por una doble dimensión: manifiesta relaciones interregionales y define una “cultura” con territorio original y diacronía propia. La tensión entre estos dos papeles en mayor o menor medida, explícita o tácitamente, subyace en los trabajos que integran este volumen.

La obra recoge contribuciones presentadas al congreso “Cogotas I: una cultura de la Edad del Bronce en la Península Ibérica” (Valladolid, octubre de 2009), un merecido homenaje a la memoria de M^a Dolores Fernández-Posse, cuya aportación al conocimiento del mundo de Cogotas I resulta básica. Incluye 9 ponencias y 17 comunicaciones. La mayoría de las ponencias se centra en tipos de materiales o en sus dimensiones empíricas. Proceden del “territorio nuclear” de Cogotas I y de su “zona de contacto” periférica, con epicentro en la cuenca media del Duero y extensiones en las del

(1) Podemos considerar que hay relaciones que dependen de ciertos objetos, mientras que otras, concebidas como producto de la voluntad, dejan a determinados objetos en situación subsidiaria. Un ejemplo del primer caso sería afirmar que, sin ciertas armas, hubiese sido imposible afianzar un poder político centralizado. En cambio, cuando se propone que los recipientes de Cogotas I formaron parte de dotes matrimoniales, se tiende a pensar que las nupcias se habrían celebrado igualmente sin su concurso. En suma, la cerámica no habría sido decisiva para la relación social, al revés que la espada en el primer ejemplo. Ahora bien, no sorprendería que un colega argumentase lo contrario: que el deseo de poder de unos individuos acabaría por imponerse, con o sin espadas; y que sin objetos singulares, como los recipientes decorados, no se habría fijado una escala de valor que permitiese entablar la “competición” para unirse a un determinado cónyuge. Que este desencuentro pueda tener lugar, da idea de la bisoñez de la disciplina arqueológica.

Tajo y el Ebro. Blanco trata la distribución espacial de los asentamientos con cerámica de Cogotas I desde una óptica más narrativa que analítica; Rodríguez Marcos considera la dimensión temporal de los precedentes de Cogotas I y sus etapas iniciales en la cuenca del Duero; Fernández Manzano y Herrán repasan las evidencias de actividad metalúrgica de la Edad del Bronce. Aportan datos analíticos y subrayan el papel de centros como Carricastro. Liesau expone un vaciado exhaustivo y de notable profundidad temporal de los depósitos con ofrendas de animales. Busca inferencias sociológicas a partir de la complicada detección de regularidades empíricas. Delibes, Esparza y Velasco exploran de modo interdisciplinar los contextos funerarios adscritos a Cogotas I, en lo que seguramente, hasta la fecha, es la aproximación más sistemática y extensa de esta clase de evidencias. Solo Blasco opta por presentar una síntesis ordenada de la materialidad de la Meseta durante la vigencia de las cerámicas de Protocogotas y Cogotas I.

Otro grupo de ponencias considera las cerámicas decoradas fuera de su hogar original. Lo inaugura Abarquero que, arrancando del territorio nuclear, repasa los hallazgos en otras regiones peninsulares, en busca de las razones que explicarían su amplia aunque heterogénea distribución. Su exploración da sentido a dos trabajos centrados en yacimientos con contextos de habitación estructurados. El de Hernández Pérez presenta las novedades en cronología absoluta y hallazgos del Cabezo Redondo (Alacant), enmarcándolas en el Bronce Tardío del sureste. El de Contreras y Alarcón se centra en Peñalosa (Jaén), cuya última ocupación argárica ha proporcionado cerámicas de estilo Protocogotas en espacios vinculados con una producción metalúrgica especializada.

Las comunicaciones acentúan la heterogeneidad de enfoques y objetivos apuntada entre las ponencias. Son mayoría los textos que estudian las evidencias de yacimientos o de conjuntos de yacimientos cercanos entre sí en la Meseta norte.

Crespo y Herrán exponen los resultados de las recientes excavaciones en Carricastro (Valladolid); Martín, Marcos, Misiego, Sanz y Redondo en Canto Blanco (León), y Alonso y Jiménez en yacimientos de la comarca del Arlanzón (Burgos) y en el depósito de Los Cascajos (La Rioja). Ese punto de partida empírico, pero centrado en materiales concretos, inspira los trabajos de Fabián sobre la distinción entre tradiciones alfareras en varias comarcas de Ávila y Salamanca; de Fraile y Cruz sobre el molde de fundición de hachas de Soto de Tovilla (Valladolid); de Misiego, Martín, Marcos, Sanz y Ollero en torno a los restos humanos de Tordillos (Salamanca), y de Bellido respecto a la interpretación funcional de varias estructuras de combustión. Mayor amplitud tienen los estudios de Sánchez Polo sobre depósitos rituales de cánidos en el ámbito territorial de Cogotas I y, en especial, el análisis me-

dianete SIG del poblamiento en la Meseta norte de Casano, que ofrece conclusiones sólidas y clarificadoras. Un talante más interpretativo inspira la propuesta de Arnáiz, Carmona y Montero sobre los usos sociales de los artefactos metálicos, y la reflexión crítica de Bellido sobre narrativas museísticas en torno a Cogotas I.

El grupo de aportaciones relativas a regiones “periféricas” comparte con el anterior la pluralidad de enfoques. Entre las que describen artefactos y contextos la de Sesma, Bienes y Ramos refiere el estado de la cuestión sobre la cerámica de Cogotas I en Navarra, el de Ruiz Gil trata los escasos hallazgos en Cádiz, y el de Barrachina se centra en la cronología de las cerámicas decoradas del Pic dels Corbs (València). El trabajo de Martín de la Cruz y Barrios sobre la secuencia del Llanete de los Moros (Córdoba) une a la presentación de corte empírico una destacada dimensión analítico-instrumental. Castro, Escoriza, Masclans y Oltra se aproximan al contexto regional de las cerámicas de Cogotas I en el sureste (“Horizonte de Villena”), combinando distintos tipos de evidencias para ofrecer una síntesis sociológica difícil de rastrear en los restantes capítulos.

Si algo puede achacarse a este volumen, dejando aparte la persistencia de errores ortográficos y gramaticales en algunos textos, es una cierta dispersión y heterogeneidad en la presentación de las contribuciones. Se tiene la impresión de que el índice responde más a un criterio formal (Ponencias y Comunicaciones), que significativo para la investigación, ya sea geográfico, temático, analítico o sintético, si bien tal vez una coherencia alternativa no abocara más que en otra formalidad. Si tratamos de abordar temas de fondo, puede ser útil ir a la mayor y preguntarnos a qué nos referimos al hablar de Cogotas I: ¿a una entidad original, bien establecida territorialmente y a la vez dinámica, capaz de afectar a otras sociedades, o a la dimensión estilística de ciertos artefactos cerámicos, indicativa de relaciones entre una multiplicidad de grupos?

Las características de la mayoría de los yacimientos en el interior peninsular (escasez de contextos habitacionales y funerarios estructurados con materiales en posición primaria) han limitado la posibilidad de ofrecer respuestas concluyentes. No obstante, tal vez esta materialidad dominada por “hoyos” colmatados con materiales a menudo desarticulados permita algo más que descripciones de contenedores subterráneos, listados de hallazgos fragmentarios, determinaciones taxonómicas, algún análisis elemental o isotópico y, de tarde en tarde, celebrar las deposiciones ordenadas de recipientes completos y de especímenes animales y/o humanos.

Cogotas I demanda una vuelta de tuerca al ingenio y una dosis de esperanza en que el pasado no haya borrado todos sus pasos. Cabe suponer que entre la ubicación del “contenedor hoyo” que acabó siendo basurero, casual o intencionado (la estratigrafía arqueológica y el análisis tafonómico juzgarán), y los contenidos que lo

colmataron subsistiría cierta relación. Asumiendo esta premisa, sería posible describir el rango de actividades sociales a partir de los contenidos de estructuras o agrupaciones de estructuras. Los análisis podrían tomar en consideración variables cualitativas (p. ej., presencia o ausencia de un tipo de ítem), y cuantitativas de los tipos de materiales y el cálculo de índices capaces de captar relaciones significativas. Se estimaría así la relación entre la producción de “hoyos” (medida en volumen de sedimento desalojado) y la calidad y/o intensidad de las prácticas en o en torno a estos (medida en la calidad y/o cantidad de los restos depositados). Con las salvedades que impone la dificultad para fijar cronologías de uso y amortización, el análisis comparativo de conjuntos nutridos de estructuras en un yacimiento incrementa la posibilidad de obtener conclusiones fiables. Los eventuales resultados permitirían caracterizar mejor las comunidades locales y ciertas relaciones territoriales. Sin embargo, seguiría pendiente responder si “Cogotas I” designa una “cultura” o un elemento compartido por sociedades diversas. Es difícil negar que los yacimientos con cerámicas cogotianas en las “regiones exteriores” correspondieron a sociedades con patrones de asentamiento, arquitectura y artefactos a menudo muy distintos de los de las zonas “nuclear” y de “contacto”. Es en estas donde hay más por hacer.

Si en la definición de Cogotas I ha sido primordial la decoración cerámica, tal vez habría que atender a lo que Lull (2007: 230) denomina “objetos comunes”, cotidianos e imprescindibles para la supervivencia; objetos que “mantienen a la sociedad” y, por tanto, fundamentales para distinguir sociedades. Uno de los objetivos sería la definición tecnomorfológica de la alfarería de superficies lisas, la más abundante. Comparar la proporción de cerámicas lisas y decoradas por yacimientos y regiones también podría ser interesante. El análisis estadístico a diferentes escalas espaciales y temporales de las secuencias decorativas, combinado con la sistematización morfológica de los recipientes, abriría otro campo de pesquisas. Avanzar en el estudio del instrumental lítico serviría para delimitar los territorios de aprovisionamiento de unos artefactos cotidianos e imprescindibles y, asimismo, para mostrar usos económicos diversos (Fabián, en este volumen; Abarquero 2005; Cruz 2006-2007; Rodríguez Marcos 2007).

En suma, un punto de la agenda en torno a “Cogotas I” podría ser definir las entidades arqueológicas en las zonas “nuclear” y de “contacto”, según criterios menos dependientes de la decoración cerámica y de los yacimientos de “hoyos”. Ello sin detener las investigaciones analíticas, de las que este volumen da buena muestra. Resultarían necesarias para evaluar el grado de estabilidad o apertura de aquellas comunidades y para ahondar en el conocimiento de su organización.

Abarquero, F. J. 2005: *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. *Arqueología*

en Castilla y León 4, Monografías. Junta de Castilla y León. Valladolid.

Cruz, P. J. 2006-2007: "La organización socio-económica de la Mesa de Carpio y su entorno (Villagonzalo de Tormes, Salamanca) a través de los artefactos macrolíticos pulimentados". *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* LXXII-LXXIII: 93-121.

Lull, V. 2007: "Los objetos distinguidos. La arqueología como excusa". Bellaterra. Barcelona.

Rodríguez Marcos, J. A. 2007: *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero*. Arqueología en Castilla y León 7, Monografías. Junta de Castilla y León. Valladolid.

Rafael Micó. Dpto. de Prehistoria, Universidad Autónoma de Barcelona. Edificio B, Facultad de Letras. 08193 Bellaterra. Correo e.: Rafael.Mico@uab.cat

Another brick on the wall. *Otro ladrillo en el muro*. R. Fábregas Valcarce y C. Rodríguez Relán (eds.). *A Arte Rupestre no Norte do Barbanza*. Grupo de Estudos para a Prehistoria do NW Ibérico, Universidade de Santiago de Compostela, Andavira Editora S. L. Santiago de Compostela, 2012, 306 pp. c. ISBN: 978-84-8408-666-6. Contiene DVD *Mapa da Arte Rupestre do Porto do Son. Modelos tridimensionais de Petróglifos*.

It seems like a long time since R. Sobrino Buhigas (1935) published his *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae*, giving visibility and unity to a reality until then known through small news pieces presented in magazines, or dispersed texts in local monographs. That work was succeeded by other publications of regional character and synthesis of different extension, giving place to a vast bibliographic repertoire which led to a niche of specialization situated between Archaeology and other sciences, that study what has become known as rock art of the Peninsular Northwest, Galician or even Galicio-Portuguese, since it covers an area that includes the North of Portugal.

The authors and coordinators of the book in review hold a vast and important *curriculum* on the subject have provided us with a work consisting of 12 chapters, generously illustrated and with excellent graphic design. It discusses not only theoretical but also methodological aspects, rising from empirical information, and where this was catalogued. It also raises questions concerning the preservation of such a fragile cultural heritage.

Chap. 1 corresponds to an introduction of the work. Predominantly composed of granite rocks and schist, the Barbanza Peninsula, is situated on the western

coast of Galicia. The majority of the engravings were executed on the sub-horizontal surfaces of granite outcrops, a preference that has influenced his visibility and durability. They suggest the integration into two realities, domestic or funerary, although we believe that they should be interpreted as a socio-religious category.

Chap. 2 attempts to contextualize rock art, but since the relationship between the engravings and other archaeological testimonies is somewhat scarce, it offers a perspective focused mainly on the historical evolution. The authors defend that the location of the engraved rocks may not have been found far from the economic or exploited areas of the societies that used them as a visual support. This aspect is not confirmed by the ethnographic, historical or archaeological reports, of different periods and regions from around the globe. In fact, the places chosen to produce rock art must be isolated from the rest of the world, without visibility, in order to be more conducive to the connection with the transcendent, an aspect common to all religions, and since rock art possessed mainly a socio-religious function. Despite this, the concept of rock art as a marker of the landscape, suffered criticism by the authors, since we are unable to see many of the decorated rocks and much less their carvings. It was important the mention to the role of digging the areas near engraved rocks, since those works may reveal the existence of not only anthropic structures, but also artefacts and colorants, that can provide the iconographic testimonies with historical and functional meaning.

Chap. 3 refers to the existence of 164 decorated rocks in the investigated area, 80% of them until then unprecedented, introducing a new quantitative and qualitative data. The authors do not reveal the number of images found on each rock and the total iconographic acquis. The iconographic ensemble is something diversified, and includes scarce anthropomorphic figures apart from an exceptional idoliform (Basoñas), zoomorphic figures, where we can identify deer, a horse and a dog, weapons, various geometrical representations, and cup-marks, which is the most common theme, and not few historic engravings. In Barbanza, very much like the Portuguese rock art river complexes, we can find shelters with engravings, a reality that is not very well known yet and introduces a new spatial concept to those manifestations, having noteworthy consequences in its interpretation. The horizontal associations are also mentioned, mainly those that are known as scenes. However, this aspect is not explored with relation to the cup-marks or those with other images.

Chap. 4 covers one of the most frequently discussed problematic among works with regards to rock art. It is the chronology problem, the time of places and things, which despite criticism and methodological options, still finds itself one of the central questions. For many years European open air rock art images were attributed to one great historical moment, since notions such as

vertical and horizontal stratigraphy, used successfully in order to determine diachronic deposits with structures and strata since the 19th century were dismissed by the people studying those graphic testimonies. We know of the difficulties in the recognition of overlapping engravings in granite surfaces, such as their varying degrees of patina or wear. Nevertheless, the data exists, such as technical differences although sometimes very scarce, and stylistic information corresponding, in fact, to different time periods. The stylistic conventions are attributed to the individual and collective expression of human groups, normally indicating a strong matrix identity. The example of the possible contemporaneity of two distinct styles at Rio de Angueira II (A Coruña), where one can observe semi-naturalistic animals and other schematic, is far from having been proved, without studying the stratigraphic relationships and other attributes present there. It should be recognized that there may be the two types of graphic record, as is the case of the Tagus Valley rock art, where anthropomorphic figures and dogs offer sharp schematic, even when integrating scenes which involved semi-naturalist zoomorphic images, perhaps showing the differences between two worlds, domestic and wild.

The work we have been dealing with could have valued overlapping, such as those observed in A Picota, between concentric circles and other figures, in Gurita I, where a magnificent sun figure and a large circle overlap cervids, in Corgo I, with superimpositions between zoomorphic figures, concentric circles, large serpentines, etc., or in Beira da Costa I, between spirals, zoomorphic figures and other motifs, as also found in Beira da Costa IV. There is, thus, material for study and reflection with respect to diachronies, an aspect that the associations, along with other analytical elements, should complement. The authors refer to associations, including scenes with zoomorphic figures, although not in a systematic way or from an ethological perspective, able to recognize behaviours and diagnoses, relationships with the support or the immediate surroundings, etc... The proposed timeline for the petroglyphs of Barbanza, between 3000 and 1500, although with the hypothesis that this period could be extended on either end, is based almost solely on the value of the chronological representations of weapons, which is fairly simplistic given the available collection of documents. The huge labyrinth form of A Tarela and large sets of concentric circles must belong to the Late Bronze Age, while the long colubrids, coming out of cup-marks, from Corzo I can match the achievements of the same period or the Iron Age, as is shown by sets of concentric circles superimpositions and other images, from different places of the Northwest. Equally late are many of the cup-marks that are generally associated with pre-existing images, or the two possible footprints of Cacharelas.

In Chap. 5 J. Guitián Castromil and X. Guitián Rivera deal with iconography, an approach presented

methodologically based on the division of the rock images in geometric and figurative motifs (anthropomorphic, zoomorphic and weapons). Of course we always doubt whether a circle or a circle with rays are astral figurations, or if a spiral could be a curled colubrid, as is the case in Laje das Fogaças (Lanhelas), where only the subtle figuration of the reptile head allows for distinction. The authors insist on a decorative role of cup-marks, an aspect that we find difficult to accept in societies whose aesthetic values are unknown and where gratuitous gestures would be much rarer than in modern times. The morphology of the zoomorphic figures and of the five variants of stylistic quadrupeds, was also addressed, some of which are shown in a perspective simulating movement. This study would be improved with a table summarizing the motifs and properly isolated scenes. Worth mentioning is the Idol of Basoñas, with parallels in rock art and in stelae, which sometimes are associated with weapons, giving them a chronology in the Chalcolithic or Early Bronze Age. But are these images, or at least some of them, contemporary of deer representations?

Chap. 6 integrates the engravings of Barbanza in the geographic space that they occupy, trying to find their distribution pattern, where the hillsides and heights constitute the main elements. The archaeological intervention of Los Pericos constitutes the seventh chap., the eighth being dedicated to the Holocene evolution of that area, the ninth to the study of the petroglyphs weather alterations, the tenth to their diagnosis, taking into account their much needed protection, largely due to modern anthropic pressure. Chap. 11 refers to the registration of engraved rocks made through photogrammetric scanner, a technique used in many sites with engravings. Chap. 12 presents an excellent catalogue of petroglyphs with adequate mapping, surveys and descriptions.

As we have noted, this work raises relevant issues and tries to find pertinent answers from different perspectives, but as with any work in the same area, there are always other approaches and possible responses. For example, the authors do not touch on the question of the origins of rock art from Barbanza and the Northwest, even after the emergence of Paleolithic and Epipaleolithic art found in open air sites from C oa-Douro complex, as aspects of the functional interpretation of those manifestations; a thematic area that they bypass without presenting any hypotheses. Or do we not study rock art to try to better understand the societies and the ideologies of those who produced it?

M rio Varela Gomes. Universidade Nova de Lisboa. Av. de Berna 26C. 1069-061 Lisboa. Portugal.
E-mail: mv.gomes@fsh.unl.pt